

---

# LA FIESTA DEL TORO ENMAROMADO

¿Reminiscencias de un rito pagano?

---

JUAN ANTONIO VEGA CASADO

---

## INTRODUCCION

Al publicar el primer número de **la Revista de Estudios de Benavente y los Valles**, no he podido sustraerme a la tentación de escribir sobre algo tan enigmático y a la vez tan representativo, para la mayoría de los benaventanos, como es la fiesta del toro enmaromado de Benavente.

Existen ciertos asuntos y actitudes en la vida que al realizarlas de una manera reiterativa y rutinaria, en apariencia, pierden la carga de simbolismo oculto que generalmente las precede. Algo así puede que haya ocurrido con el festejo del toro enmaromado.

Para casi nadie es un secreto que el toro como símbolo, como totem y como víctima sacrificial ha sido consustancial con nuestra ancestral cultura mediterránea. A lo largo de los tiempos estas formas de expresión cultural en unos pueblos ha tomado distintas formas y derroteros hasta casi difuminarse, mientras que en otros aun subyace ejerciendo una atracción que bien puede obedecer a un inconsciente atavismo. Estas y otras características de esta fiesta hacen que el tema se preste para más interrogantes que afirmaciones. Aún corriendo este riesgo voy a tratar, a través de este pequeño trabajo, de analizar si esta fiesta, o celebración, no es más que uno de tantos festejos de carácter popular o por el contrario es el reflejo de antiquísimos ritos que tenían como símbolo al toro. La consecuencia cada cual podrá extraerla al leer este escrito.

## LA PETICION DEL TORO

Para comenzar observemos un dato. La petición del toro que realiza el pueblo congregado en la plaza mayor de la localidad tiene lugar el día de la festividad de la Virgen de la Veguilla, patrona de la ciudad. La carrera del toro por las calles de la población, y el posterior sacrificio, tiene lugar coincidiendo con una de las mayores festividades de la cristiandad, el Corpus Christi. Es bien sabido, y no vamos ahora a ahondar en ello, que es muy frecuente que las fiestas del calendario cristiano la Iglesia, sabiamente, las hizo coincidir (o viceversa) con algunas de carácter pagano.

Entrando en el terreno de las similitudes comparativas con otras épocas vemos que tanto el toro como el permiso para correrlo se solicita de la autoridad correspondiente. Otro tanto ocurría en la antigua Roma durante las fiestas en honor de Mitra en las que el pueblo y sacerdote «con el consentimiento

de las autoridades oficiales que todo lo regulaban paseaban un hermoso toro por las calles adornado con las flores de la estación».

Otro detalle no menos importante es el cuidado que se toma para la elección del animal que tirando de una maroma atada a la cornamenta ha de ser corrido por las calles de la ciudad. Para tan especial menester varias personas entre las que no suele faltar algún entendido se desplazan a la dehesa y allí eligen el toro que debe de reunir determinadas cualidades y características, entre otras, de fuerza, cornamenta y bravura.

Si este detalle existía en la antigüedad, al menos, que yo sepa, no ha llegado hasta nosotros. Los griegos, que posiblemente han sido unos de los primeros que eligieron al toro como símbolo mitológico y víctima sacrificial, no parece que en este aspecto fueran muy exigentes con las cualidades del animal destinado a la diversión y posterior sacrificio en honor de sus dioses. Otra cosa muy diferente fueron los egipcios que lo elevaron a la categoría de deidad. De esta manera se trataba al toro Apis del que luego hablaremos. En el orden ritual, en el mito de Osiris, sacrificaban un buey que luego era despedazado en catorce trozos que eran consumidos en general «comunión». Este otro inmediatamente era reemplazado por otro que simbolizaba la resurrección. En Grecia en el mito de Dionisio tenía lugar un rito paralelo.

Como antes apuntamos los egipcios fueron el pueblo mediterráneo que elevó el toro a la categoría de Dios. Hacían de este animal el símbolo de la fuerza reproductora, de energía divina propia únicamente de los dioses. De ahí que al toro Apis se le considerara una reencarnación del dios de la religión Menfista Phta. Este toro para ser consagrado era menester que reuniera determinadas cualidades y circunstancias de nacimiento que sólo conocían o interpretaban los sacerdotes. La primera era que el animal hubiera nacido de una vaca virgen (que según ellos) había sido fecundada por un rayo caído del cielo, que después de parir permanecía virgen y nunca más volvería a ser fecundada. Otras señas del ternero Apis son las que debía de ser negro, tener un triángulo blanco en la frente, las patas blancas y debajo de la lengua un nudo semejante al escarabajo sagrado. Si a juicio de los sacerdotes reunía estas características era llevado al templo de Menfis donde se le daba por habitación una capilla en la que recibía atributos divinos como si de un Dios se tratara. Siempre de acuerdo con los sacerdotes, este toro pronunciaba oráculos que por supuesto solamente ellos eran capaces de interpretar. Cuando moría, el sagrado Apis, era llorado con singulares muestras de duelo. Su cadáver era sepultado en un enorme sarcófago. A partir de la época de Ramses II —1298 a 1232 a.d.C.— las sepulturas de los diversos Apis se reunieron en una gran cripta en las proximidades de Menfis. Esta Cripta fue descubierta en 1815 y es conocida con el nombre de «Serapeun».

Evidentemente este sagrado animal egipcio, en lo que a ritual se refiere, afortunadamente, nada tiene que ver con el que nos ocupa. Pero sin abandonar el campo ilustrativo sigamos por Grecia y Roma donde seguramente encontraremos algo más aproximado.

## **EL TORO CRETENSE Y EL MITO DE EUROPA**

El toro de Creta, por antonomasia, es sin duda el Minotauro, dios del poder masculino que mora en el palacio de Minos. Obviamos la leyenda de este

monstruo devorador de doncellas y efebos para hablar de algo más concreto como eran las manadas de toros que pastaban en las praderas cretenses.

Los griegos pueblos eminentemente filósofos y prácticos supieron conjugar la leyenda y la mitología extrayendo las enseñanzas que ambas encierran. De este modo en la Isla de Creta el toro representaba la base de la economía. Era el proveedor de carne para el alimento y del cuero con que se fabricaban los escudos para la guerra. De la misma manera era el animal de tiro tanto para el carro como para el arado que abría el surco donde el agricultor depositaba la simiente del preciado grano. También como moneda de intercambio representaba un alto valor. A todo esto se unía su calidad de víctima sacrificial con que se honraba a los dioses y a los difuntos. Estas y otras cualidades eran suficiente motivo para que aquellos pueblos, panteístas por excelencia, elevaran a tan noble y bello animal a la categoría astral que aún hoy disfruta. Para ellos el toro, sin claudicar de su condición de animal solar, nace de la tierra y bajo esta doble concepción lo encontramos en el Zodíaco.

Los diferentes hallazgos arqueológicos permiten afirmar que las grandes fiestas egeas (a semejanza de la que hoy nos ocupa) giraban en torno al toro. El ofrecimiento ritual iba precedido de verdaderas corridas en las que a cuerpo limpio una multitud de ambos sexos se jugaba la vida corriendo delante del toro. Era el pueblo como tal el que en este periplo tenía a gala el jugar con aquello que más admiraba y temía, el toro.

Muy ilustrativo resulta un fresco de Knosos donde puede ser contemplado un hombre cogiendo a un toro por los cuernos. El animal está en posición de arremeter, mientras otro hombre apoya las manos sobre el lomo del bruto, a su vez una mujer con los pies de puntillas y los brazos extendidos, hacia adelante, presenta un ademán de cita muy semejante al de nuestros actuales banderilleros. Aunque esto bien puede tratarse de una danza previa al sacrificio no debe pasar desapercibida la semejanza con la corrida de nuestro toro donde son muchos los jóvenes (y menos jóvenes) que a cuerpo limpio, movido por la excitación que produce la vista del toro, símbolo de la fuerza esquiva y fiera, tratan de burlarlo haciendo quiebros de desafío.

También en pinturas de cerámicas y bajo relieves descubiertos se comprueba que al toro, antepasado del nuestro, se le ataban cuerdas a los cuernos de las que iban tirando hombres y mujeres que lo llevaban en procesión por las calles de las ciudades precedidos de coros de músicos y danzantes. De esta manera entre mujidos y furiosos bramidos de impotencia el toro hacía su camino hasta el ara donde era sacrificado.

Aunque otra cosa parezca el sentido de lo tradicional que tan hondamente se adueña de los instintos, no muere fácilmente en los pueblos que han creído en los mitos. Por respeto, por amor y miedo crearon al totem, al heroe y dios de las fiestas. La leyenda y el simbolismo eran la base de una filosofía solamente al alcance de unos pocos iniciados. En este caso sirva como ejemplo el mito del rapto de Europa.

Cuenta la leyenda que «cuando Zeus quiso seducir a Europa y maridar con ella se transformó en un toro de resplandeciente blancura, cuernos cortos, lisos y de color perla. De esta Guisa —dice Ovidio— Zeus se une a la vacada y

mugiendo logra llamar la atención de Europa que confiada se acerca a él, le cubre los cuernos con flores y finalmente se sienta sobre su lomo. De pronto el bruto se lanza al agua, Europa temblando y gritando se agarra a los cuernos y así unidos desaparecen empujados por los vientos. El toro Zeus y Europa llegaron a Creta donde se unieron debajo de unos plátanos que en memoria de aquellos amores tuvieron el privilegio de no perder nunca sus hojas. Europa dio tres hijos a Zeus: Minos, Sarpedon y Rabamante. Por su parte Zeus hizo tres regalos a Europa: Tales el robot de bronce, un perro y una jabalina que siempre daba en el blanco. En cuanto al toro blanco fue convertido en una constelación y colocado entre los signos del Zodiaco. Naturalmente, como antes apuntamos, este al igual que la mayoría de los mitos encierra su sentido esotérico que en este caso, entre otros, puede estar el de la fertilidad. Aun hoy en los instintos de alguna gente subyace el concepto de que el toro encarna la suprema energía fecundadora, símbolo del poder, macho perfecto, padre fecundador de vida. Durante siglos estos mitos, cultos y leyendas navegaron a lo largo y ancho del mediterráneo arraigados en el corazón de los navegantes. Desde las colonias establecidas en las costas, soldados, sacerdotes y artesanos unidos en cofradías celebraron ritos, sacrificios y festejos muy semejantes al que nos ocupa. Es muy probable que Benavente lugar de asentamiento y tránsito de diversas culturas no escapara a esta influencia taumaca.

### **¿ES EL TORO ENMAROMADO LA REMINISCENCIA DE UNA FIESTA MITRAICA?**

Sin menoscabo de las posibles señas de identidad que se encuentran en las pinturas de la arqueología y mitología griega como son, entre otras, la sogá con que Teseo sujetó al toro que debastaba al Atica, las características de nuestra fiesta también guardan similitud con las romanas.

No cabe la menor duda que uno de los últimos restos del paganismo que hubo de vencer al cristianismo fue el culto a Mitra. Esta deidad de origen persa llegó a Roma y pronto su culto se extendió por las más diversas provincias del imperio. El sacrificio del toro «Taurobolas» era celebrado dentro del ritual con gran ceremonial. A semejanza de lo dicho anteriormente también en este rito se organizaba una procesión cuyo centro era el toro que se mantenía sujeto con cuerdas y adornado con cintas. El sacrificio a la diosa tenía carácter expiatorio por lo cual el toro era considerado como la víctima propiciatoria según describe Prudencio en el ceremonial de estos misterios de Mitra el neofito era rociado con la sangre del toro creyendo así quedaría purificado y renacido a una nueva vida.

Las «taurobolas» se introdujeron en Roma en tiempos de los Antonios y de su presencia en España existen vestigios arqueológicos que lo atestiguan.

Retomando el hilo del toro enmaromado, aparte de la petición y consiguiente permiso de la autoridad, del que ya hemos hablado, existe un ceremonial, o costumbre, que no por pasar desapercibido deja de tener su importancia.

La víspera de la corrida llega el toro procedente de la dehesa encerrado en un jaulón adornado con ramajes y plantas silvestres. Lo espera una gran multitud con músicos y danzantes que se unen al cortejo que desde su procedencia ha escoltado al animal. Así juntos en «magna procesión» de desenfadado jolgorio lo

acompañan hasta el toril o chiquero donde hasta el día siguiente en que será corrido por las calles, guardará capilla antes de ser sacrificado. Mientras el toro está encerrado frecuentemente es observado a través de una mirilla por el numeroso público que disciplinadamente y en respetuoso silencio lo mira, admira, y luego comenta sus cualidades o defectos, si a su juicio los hubiere. Durante todo el tiempo que el animal espera su momento tiene carácter de objeto casi sagrado. Nadie osa tocarlo ni menos hostigarlo. Simultáneamente las doce o trece peñas (cofradías) de seguidores y organizadores de la fiesta, como lo han venido haciendo a lo largo de unos días que llaman «novenario», se reúnen en locales donde celebran comidas de hermandad, discuten y analizan el ceremonial o programa del festejo. Cuando llega el llamado día grande a las cinco de la tarde (solares) al son de músicos y tamborileros una gran multitud se reúne delante del toril en espera del instante en que se de suelta al toro y que para ellos supone el climax de la fiesta. Cuando llega el minuto, a la señal del correspondiente cohete se abre el toril del que como una centella sale el animal que a pesar de estar sujeto por una sogá o maroma, ceñida a los cuernos, y de la que tiran mozos expertos en este menester, casi siempre empitona algún descuidado u osado espectador. A partir de aquí comienza la corrida y correspondiente lucha entre el hombre y la fiera que tira derrotes de agresión e intenta desasirse de la sujeción a que ha sido sometido. Durante su periplo por las calles de la ciudad, el animal no sufre otras agresiones que los correspondientes tirones de la maroma que templan los mozos tratando de dirigirlo por el itinerario marcado. En las diversas paradas o descansos que efectúa antes de llegar al matadero los valientes, que siempre los hay intentan torearlo. Algunos lo logran o reciben una cornada que desgraciadamente a veces ha sido mortal. Cosa curiosa, de esto casi nunca se culpa al toro sino más bien a la impericia o temeridad del agredido.

Algo que también puede ser una reminiscencia ancestral es que para reanimar y refrescar al toro le arrojan cubos de agua, si hace calor. Una vez en el matadero el toro es sacrificado y en la sangre que mana de la mortal herida los asistentes empapan las zapatillas calzadas con que suelen correr tras o delante del animal. No hace relativamente muchos años, la carne del toro se repartía entre los vecinos de la localidad, de manera muy semejante a como se hacía en la antigüedad en el curso de los ritos taurófalos.

Cuando el correspondiente estampido anuncia que el toro está muerto, la muchedumbre se retira a reponer fuerzas y las peñas, tan bulliciosas a lo largo de la jornada, guardan un significativo silencio que se suele prolongar hasta la madrugada del día siguiente.

Lo dicho hasta aquí, sobre este singular festejo, puede llevarnos a la conclusión de que la mitología, como la tradición, se basa en un fondo de verdad deformada por el tiempo, la fantasía y la imaginación de los humanos, pero arranca de una raíz casi siempre cierta.

## **BIBLIOGRAFIA.**

- Marien Mauren (1955) «El toro, ese genio del combate».
- Trevor ling (1968) *A History of Religion East and West*.
- Sir James G. Frazer (1975) *The Golden Bough*.
- Agustí Bartra (1982) *Diccionario de Mitología*.

